

pos para reunirse en la plaza de Letran. Delante de las mugeres iban las religiosas, siguiendo despues todas las personas de su sexo, sin adorno alguno de oro ni seda, y con los pies descalzos en cuanto lo permitian sus fuerzas. Los frailes y los canónigos regulares precedian al clero, y los hospitalarios á los legos. Al llegar todos á la plaza, el Papa con los cardenales y obispos entró en la iglesia, tomó la verdadera Cruz, y se colocó sobre las gradas, desde donde hizo un sermon al pueblo; despues de lo cual las mugeres fueron á la iglesia de santa Cruz á oír la misa que les dijo un cardenal, y el Papa celebró en la basilica de Letran para que la oyesen todos los hombres clérigos y legos, quienes fueron en seguida con los pies descalzos á santa Cruz para implorar en ella de nuevo todos juntos el auxilio del Dios de los egércitos en favor de su pueblo. Juntaron con la oracion las limosnas y un ayuno riguroso, sin comer pescado ni cosa alguna cocida; y todos los que pudieron ayunaron á pan y agua. Los fieles de las demás naciones se esforzaron del mismo modo con plegarias, votos y buenas obras á hacer al Señor una santa violencia.

No fue vana su esperanza. Dióse la batalla el lunes 16 de Julio en unas llanuras llamadas las Navas de Tolosa, cerca de los montes á quien dieron el nombre de cadena de los moros. La victoria, ó por mejor decir, la derrota fue tan completa, que hicieron prisioneros ciento y ochenta mil hombres de caballería, sin contar los de infantería que fueron in-

numerables. Doscientos mil infieles quedaron muertos, y solamente perecieron unos treinta cristianos. El botin fue inmenso. Tal es á lo menos la relacion que hizo el Rey de Castilla escribiendo á Inocencio, á quien envió regalos magníficos, como señales de este rico botin (1). Causó sobre todo admiracion una tienda de seda, cuyo trabajo parecia un prodigio, con un estandarte tegido de oro, que fue colgado en la iglesia del Príncipe de los Apóstoles. Halláronse en esta victoria, además del Rey de Castilla, los Reyes de Navarra y de Aragon, muchos prelados, y entre ellos fueron los mas considerables Rodrigo de Toledo y Arnaldo de Narbona, y una multitud de clérigos, que todos juntos cantaron el *Te Deum* en el campo de batalla con toda la alegría que debieron inspirar sucesos tan admirables (*).

(1) *Innoc. III. lib. 15. ep. 182. et 183.*

(*) Si intentáramos dar una relacion mas estensa y circunstanciada de esta incomparable victoria, nos seria preciso transcribir á la letra, escediendo nuestros límites, las que de ella hicieron el mismo Rey de Castilla D. Alfonso y D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, y que se encuentran en todos nuestros historiadores. Sin embargo, no podemos prescindirnos de añadir algunas particularidades interesantes y muy propias de la Historia Eclesiástica que omite el sabio Berault. Y en primer lugar, se hizo notable la piedad de los tres Reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra, los cuales aunque provocados á la lucha é insultados de mil maneras por los bárbaros en el domingo 15 de Julio, no solo no quisieron aceptar la batalla en el día del Señor, sino que mas bien le santificaron recibiendo los sacramentos de la penitencia y Eucaristía como la mayor parte de los caballeros, y mandando espresamente á todo el egército disponerse para la

peño de los cruzados en Langüedoc no era mas que para seis semanas, cuando el de otros cruzados se estendia ordinariamente á un año. Además, la que predicaban entonces para la tierra santa, perjudicaba en extremo á las empresas de Monforte, el cual sin embargo no decayó nunca de ánimo. Este hombre grande se vió con frecuencia reducido á recurrir á sí mismo ó á su familia. La condesa su esposa que era de la casa de Montmorenci, cooperaba perfectamente con el talento y con el valor de su esposo. Se la vió muchas veces llevarle en persona refuerzos arrojando mil obstáculos y emboscadas. Simon hizo armar caballero para esta guerra á Ansalrico su hijo primogénito, de donde en lo sucesivo su estado principal tomó el nombre de Monforte el Amalrico. Con las pocas tropas que podia sostener, y los socorros casuales que recibia por intervalos de diferentes pueblos adictos á la fe de sus padres, con su perseverancia y buena conducta, se apoderó sucesivamente de la mayor parte de las plazas de los hereges. Esto mismo le debilitó en extremo, y se hallaba casi abandonado, cuando se vió en la precision de hacer frente así al Rey de Aragon como á los sectarios cuya arrogancia se exaltó hasta lo sumo con estos socorros. El Príncipe Luis de Francia tomó entonces la cruz, y muchos caballeros imitaron su ejemplo: pero los fuertes ataques que hubo de sostener dentro de breve tiempo el Rey su padre contra el Rey de Inglaterra, llamaron á otra parte el valor de este jóven Príncipe y el de aquellos que se cruzaron con él.

El estado de languidez en que se hallaba la causa de la Iglesia, animó el celo de dos virtuosos hermanos obispos, Manasses de Orleans y Guillermo de Auxerre. Cuanto menos ardor observaban en una cruzada que interesaba á los mismos domésticos de la fe, tanta mas prisa se dieron en juntar todas las tropas posibles, y conducir las por sí mismos al lugar de su destino. El conde de Monforte que los recibió en Carcasona, donde se hallaba con un puñado de soldados, miró su llegada como una señal de los favores del cielo. Sin embargo, á fin de evitar en lo posible la efusion de sangre cristiana, envió algunos eclesiásticos al Rey de Aragon para recordarle las intenciones del Sumo Pontífice, y exhortarle de nuevo á no proteger á los enemigos de la fe, la cual le vinculaba con los cruzados. El Rey no hizo uso de la dilacion que entorpeció este negocio mas que para aumentar sus tropas y proporcionar el medio de pagarlas. En fin, el 10 de Setiembre de 1213 llegó á la frente de un ejército mas numeroso, acompañado de los condes de Tolosa, de Fox y de Cominges; es decir, con los tres fautores mas resueltos de los maniqueos, y puso sitio á Muret, ciudad situada á dos leguas mas allá de Tolosa. El valiente y religioso Monforte, seguido de siete obispos y de tres abades, no dejó de adelantarse con cuantas tropas pudo juntar, á fin de socorrer la plaza, donde tuvo la felicidad de encerrarse.

Al dia siguiente muy de mañana se confesó é hizo su testamento. Todos los obispos se dirigieron luc-

go á la iglesia, y uno de ellos celebró la misa, durante la cual escomulgaron todos juntos á los condes de Tolosa y de Fox, á los Príncipes sus hijos, al conde de Comingés, y generalmente á todos los fautores de la heregía, sin señalar en particular al Rey de Aragon, cuyo nombre suprimieron por respeto. El jueves 12 de Setiembre al prepararse los cruzados para el combate, el piadoso obispo Foulques de Tolosa se revistió de sus ornamentos pontificales, y se encaminó á ellos llevando en la mano un pedazo de la verdadera cruz. Todos los que estaban á caballo se apearon por reverencia; los mas cercanos adoraron la cruz unos tras de otros, y el resto de las tropas recibió la bendicion. Al propio tiempo el obispo de Comingés los exhortó en estos términos: „En nombre de Jesucristo, marchad con valor y con santa confianza. El que muriere en esta batalla, no pongais la menor duda que recibirá la corona del martirio, y entrará en el reino de los cielos sin pasar por el purgatorio, con tal que vaya contrito y confesado, ó tenga á lo menos con un vivo dolor de sus culpas deseo sincero de confesarlas á un sacerdote, luego que le fuere posible.” Los otros obispos confirmaron estas promesas, luego entraron en una iglesia vecina con sus clérigos, y en voz alta mezclada de sollozos y gemidos, rogaron por el buen éxito de la accion, cuyo esplendor, poco diferente del de los milagros, no tardó en manifestar que sus súplicas habian sido atendidas.

Aseguran que Simon de Monforte hizo una salida

al frente de doscientos guerreros intrépidos, sorprendió al Rey de Aragon en medio de cien mil hombres, y le quitó la vida con su mano; lo que infundió tal terror en sus tropas que se dispersaron, sin ser posible á los oficiales reunir cincuenta hombres (1). A lo menos está fuera de toda duda que este héroe ganó en Muret una victoria de las mas brillantes que menciona la historia. Los obispos que se hallaban presentes, escribieron llenos de admiracion una carta á todos los fieles (2). „Los montones de enemigos, dicen entre otras cosas, que han quedado en el campo de batalla son tan grandes y tan multiplicados, que es imposible saber el número: de los nuestros no ha habido mas que un solo caballero muerto y muy pocos sargentos. Nosotros los obispos de Tolosa, de Nimes, de Ucés, de Lodeve, de Beziers, de Agde, de Comingés, con los abades de Clerac, de Vallemagna y de Santiberi certificamos ser cierto todo lo espuesto.” El cuerpo del Rey de Aragon, hallado desnudo en el campo de batalla, fue reconocido y enterrado por los caballeros de San Juan, á los cuales habia hecho mucho bien. Dejó por sucesor á un hijo de solos cuatro años que cayó en manos del conde de Monforte, quien le dió libertad á instancia del Sumo Pontífice, y reinó con el nombre de Jaime I (*).

(1) *Petr. cap. 71. ei 72.* (2) *Id. 73. = Tom. 11. Conc. p. 99.*

(*) Tal fue el desgraciado fin de D. Pedro, con el que perecieron los principales señores y grandes de Aragon que le habian seguido á aquella desastrosa campaña. Por lo demás fue uno

20. Poco despues de esta expedicion memorable, en que se distinguió mucho Pedro, Rey de Aragon, apenas habia llegado á su reino cubierto todavía de laureles, cogidos á manos llenas de los enemigos de la Religion, cuando los lazos de la carne y de la sangre le empeñaron en una empresa y en otros mil procedimientos muy inconsecuentes en un Príncipe

absolucion que dieron los prelados. Premió el cielo esta piedad de los católicos Monarcas; pues en el trance mas arriesgado de la accion y cuando todavía estaba indecisa la victoria, se les apareció en el aire una cruz brillantísima, semejante á la señal vencedora que en otro tiempo se manifestó al gran Constantino. No fue menos singular la intrepidez y valor cristiano del canónigo de Toledo D. Domingo Pascual, que llevando enarbolada una cruz penetró por dos veces en el campo enemigo, atravesando sin recibir el menor daño la innumerable infantería y caballería de los bárbaros que hacían llover sobre él un diluvio de flechas. Añadióse á estos portentos otro no menos singular. Las banderas reales, consagradas á la Santísima Virgen, tenían impresa su imagen, á cuya sola vista cayeron muertos infinitos moros. Tan decidida y manifiesta proteccion del cielo impulsó el ánimo religioso del Rey D. Alfonso y de los prelados españoles á instituir la festividad que todavía celebramos en España á 16 de Julio con el nombre del *Triunfo de la Santa Cruz*.

Despues de esta gran derrota, Miramamolín, antes tan soberbio que habia prometido á los suyos hacer prisioneros á tres Reyes y esterminar el cristianismo en España, no se atrevió á permanecer en la Península, sino que huyó precipitadamente al África donde solo mereció el desprecio de los mismos infieles. El Rey de Castilla por su parte se propuso en el año siguiente 1213 continuar sus conquistas en Andalucía, á pesar de la peste y hambre que asolaban aquellas provincias; y las hubiera sin duda sujetado á su dominio á no haberle arrebatado la muerte en la aldea de Gutierre Muñoz, día 6 de Agosto de 1214, á los cincuenta y seis años de su reinado. Este Monarca, célebre por su

que acababa de defender su fe con peligro de la vida (*).

El protector obstinado de los albigenses Raimundo VI, conde de Tolosa, era cuñado de este Monarca

valor, su firmeza de carácter y sus triunfos, se hizo amar de sus súbditos por su desinterés y generosidad, al mismo tiempo que le respetan todos los pueblos y todos los Soberanos por la elevacion de su alma y la nobleza de sus sentimientos. Siempre activo y laborioso, defendió su reino combatiendo los enemigos del nombre cristiano; ilustró la Religion mostrándose invariablemente hijo sumiso de la Iglesia; fue amigo y protector de las letras y artes, fundó la universidad de Palencia, primer establecimiento de esta clase en España; y por fin, habiendo sido uno de los principales fundadores del poder y de las glorias de esta nacion, dejó en su muerte un trono firme y brillante á su hijo Enrique I, que le sucedió bajo la tutela de la Reina Doña Leonor.

(*) D. Pedro II de Aragon, á quien vimos en el principio de su reinado proseguir con celo verdaderamente cristiano y lanzar á los hereges de sus dominios, vino despues á manchar su nombre y obscurecer toda su gloria por la union y estrecha alianza que hizo con el infame conde de Tolosa. A mas de aquella primera prueba y de la tan brillante que dió en la batalla de las Navas, habia mostrado el Soberano aragonés su afecto á la verdadera Religion en otras muchas ocasiones. En 1204 deseoso de visitar los santuarios de Roma, pasó á aquella capital del orbe cristiano, donde recibido con estraordinario honor por el Papa Inocencio III, y coronado solemnemente por el mismo Pontífice, juró fidelidad y obediencia á Inocencio, á sus sucesores y á la Iglesia, y obligóse además, en agradecimiento á la santa Sede, á dar al Papa un censo anual de doscientas cincuenta doblas. Solicitado en 1210 por los legados pontificios y por los condes de Fox, de Tolosa y de Monforte, asistió á una conferencia en Narbona con muchos obispos y abades, y obligó al principal fautor de los albigenses á jurar que los arrojaría á todos de sus dominios. Tuvo despues otra conferencia con Simon de Monforte

ca. Infatuado siempre en su afecto á estos odiosos sectarios, que le habian hecho ya perder todas sus plazas á escepcion de las dos solas ciudades de Tolosa y Montalban, se transfirió personalmente á Aragon, é hizo al Rey su cuñado la pintura mas interesante del estado á que se veía reducido. „Aunque estoy pronto, le añadió, como ya frecuentemente lo he protestado y os lo protesto todavía, á hacer todo cuanto me fuere ordenado por el Papa. Pongo en vuestras manos, prosiguió, mis estados, ó por mejor decir mis títulos, mi hijo Raimundo vuestro sobrino, y mi esposa Leonor vuestra hermana, para que los defendais si los quereis bien, y sino para que ratifiqueis con vuestra propia mano el decreto de su desgracia.”

Enternecido el Rey, y atendiendo mucho menos de lo que debia á los intereses de la Religión, comenzó por escribir al Papa, á quien instruyó de los procedimientos del conde de Monforte, y de las verdaderas disposiciones del de Tolosa; de manera que Inocencio entró por muchos capítulos en los desig- nios del Rey de Aragon. Tambien intentó este Prín-

en Montpellier, y entonces fue cuando le confió la educacion de su hijo Jaime I, segun afirma Pedro de Valsernay, nuestro Ferreras y otros muchos autores fidedignos. Todas estas acciones verdaderamente cristianas, merecieron al Rey de Aragon el renombre de Católico: pero arrastrado despues, verosímilmente por los lazos de parentesco que le unian al conde de Tolosa, perdió el mérito de todos sus hechos anteriores haciéndose el primer caudillo del egército de los hereges, con lo que atrajo sobre su cabeza el castigo del cielo.

cipe sorprender á los prelados de la provincia Narbonense, congregados en Lavaur para responder á muchas proposiciones capciosas que les habia hecho. No tardaron en conocer que el verdadero objeto era entretenerlos, y consumir en conferencias inútiles un tiempo necesario para obrar. Dieron cuenta al Papa, no solo de esta tentativa, sino tambien de otras acciones dolosas del Rey Pedro, á quien prohibió el Pontífice formalmente proteger en lo sucesivo á los tolosanos.

21. Pero las tropas aragonesas capitaneadas por su Rey Pedro, y tan capaces de reanimar el valor de los tolosanos, como de apoyar poderosamente las negociaciones, habian entrado ya en el Langüedoc (1). Juntando el ardid con la fuerza, y hallándose el Monarca aragonés frente del conde de Monforte, le propuso suspension de armas y conferencias, que dando á los negocios un aire de incertidumbre y de indecision, estenuasen y amortiguasen el celo y el fervor, impidiesen la llegada de refuerzos al egército católico, y aun obligasen á las tropas veteranas á retirarse de las banderas. Los progresos del valeroso conde de Monforte en medio de los obstáculos y contratiempos de toda especie que se oponian á sus designios, fueron una maravilla incomprendible. Apenas fue nombrado gefe de la cruzada, cuando se retiró una gran parte del egército á consecuencia de una contienda suscitada entre el duque de Borgoña y el conde de Nevers. Por otra parte, el em-

(1) *Petr. hist. Alb. Sc.*